

*nitale, nec longiori mariti absentia provocetur. Adest præsul conjugii Deus, quem nihil latet, nullus evadet. Si conjugem fefelleris, eum non falles; si maritum evaseris et judicem, non evades iudicem totius mundi.* S. AMBR. LIB. DE ABRAH. CAP. II.

*Quid hic respondere possint lubrici mariti non video, qui quod pati nolunt, libenter efficiunt.* S. ZENON SERM. DE PUDICIT.

*Adulteri capite plectendi sunt, ut publici hostes humani generis.* PHILON, LIB. DE SPECIALIB. LEGIB.

de que su pecado quedará oculto y sin castigo, porque su marido estará por mucho tiempo ausente; pues te ve Dios, que preside en el matrimonio, á quien nada se oculta, y de cuyas manos no podemos escapar. Podrás engañar al esposo; pero no engañarás á Dios; podrás librarte del marido y del juez; pero no te librarás del juez de todos.

No se que contestacion pueden dar los maridos lúbricos, que cometen con infame placer lo que en perjuicio propio no quisieran absolutamente tolerar.

Los adúlteros deben castigarse con pena de muerte como enemigos del género humano.

## ADVERSIDAD.

*Ego ipse consolabor vos.*

Yo mismo os consolaré.

(Isai. LI, 12.)

La adversidad es una condicion inseparable de la vida, y no hay persona, clase ni categoría que no se vea precisada á experimentar sus efectos. A consecuencia del pecado original, que rompió los dignos lazos que unian intimamente á Dios y al hombre, al hombre y las demas criaturas, que el Señor habia sometido al dominio del rey de la naturaleza, solo se echan de ver el desconcierto y el desórden,

así en las relaciones que median recíprocamente entre los hombres, como en la armonía que debiera notarse en las facultades del individuo, para realizar en la tierra el destino que su Criador le ha impuesto y señalado. El desconcierto, considerado bajo el primer aspecto, nos explica los ódios de la humanidad, las antipatías, las luchas, las guerras y las penalidades; y, en el segundo concepto, nos da la razon de esa tristeza, al parecer inexplicable, que por lo general alienta en su interior, aun el hombre á quien suponemos mas feliz, y especialmente el desgraciado pecador; de todo lo cual se desprende, que las adversidades son siempre, de uno ú otro modo, el efecto de la culpa; son el agua amarga con que está amasado el pan de nuestra degradada existencia.

Sentado este principio, único que puede explicarnos la condicion actual del hombre, es ya fácil deducir, que únicamente á Dios le es dado suministrarnos un bálsamo para curar nuestras llagas, un lenitivo para templar nuestros dolores, y un consuelo que haga llevaderas nuestras adversidades. Ora á fuer de padre irritado nos someta á las duras pruebas de la adversidad, ora en prenda de su amor se complazca en que le demos testimonios de fidelidad en medio de las tribulaciones, ello es, que solo de su mano pueden venirnos los consuelos, pues le ablandan las lágrimas con que humedecemos la cadena de la adversidad merecida, la paciencia y la constancia con que sobrellevamos los contratiempos con que su amor nos prueba. Dios es el único origen de nuestros consuelos, cuando gemimos en la tribulacion y en el contratiempo; á Dios, pues, debemos acudir exclusiva y constantemente para no perdernos en el vasto piélago de las adversidades.

Sin embargo, en nuestros dias, para nada se cuenta con Dios, ni para temer su justicia cuando le irritamos, ni para confiar en su bondad cuando traemos apesadumbrada el alma. El mundo absorbe toda nuestra atencion con un deplorable exclusivismo; somos tan locos, que cambiamos por una gota de consuelo que nos suministra, el torrente de consoladoras delicias que Dios puede enviarnos. Oyentes, no pidamos al que no tiene agua, que temple nuestra sed; el mundo no puede consolarnos; pedid consuelos á la religion, y no lo dudeis, la religion os proporcionará la paz y la tranquilidad de corazon. Esto es lo que voy á demostraros. Pidamos primero los auxilios necesarios. A. M.

1. El amor que Dios profesa á los hombres, y las continuas adversidades de que la humanidad adolece, ved aquí un misterio, que

subleva é irrita al espíritu exasperado con los contratiempos. La religion, para consolarnos, empieza por justificar á la Providencia en las adversidades, manifestándonos el origen de que proceden éstas, y el fin ú objeto que traen consigo. ¿A quién debemos las adversidades? La religion nos enseña, que Dios interviene en todo; y nos enseña tambien, que depende de la voluntad de Dios el prolongar ó remover nuestros contratiempos: *Bona et mala à Deo sunt.* ECCLES. XI, 14. Mortales, que gemís bajo el peso de la adversidad, oid lo que os dice la religion: No culpes á la fortuna, ni á los hombres: Dios ha dispuesto los contratiempos que han interrumpido el curso de tus felicidades: él te ha entregado indefenso en manos de ese enemigo que te persigue: él se vale de ajenos instrumentos para afligirte. Ved aquí lo que os dice la religion, con la seguridad de que si desatendeis sus consejos, vuestro mismo corazon le hará justicia.

Con efecto, ¿quién es aquel Dios que te trata con tanto rigor? Acuérdate, hombre, que él es aquel Príncipe de paz, aquel Rey de Sion, de quien dijeron los profetas, que dejaria vestigios de su misericordia por donde quiera que estampase las huellas de sus piés; y que, lleno de mansedumbre y de paz, vendria á padecer, á callar, á perdonar, á morir y á amar. Acuérdate, que el Dios que te envia la adversidad, es aquel Dios de tan piadosas entrañas, que derramó tantas lágrimas sobre el sepulcro de Lázaro; que no puede ver llorar á Marta y Magdalena sin compadecerse y sentir el mas íntimo dolor; que lastimado del silencio doloroso de la viuda de Naim, mandó á la muerte que restituyese á aquella madre desconsolada el hijo, único objeto de sus penas; aquel Dios que lloró las calamidades de la ingrata y deicida Jerusalem; aquel Dios, cuya justísima cólera se deja aplacar de la sincera y amarga contricion del pecador arrepentido. Acuérdate, que el Dios que te envia la adversidad, es aquel Dios que por tí descendió del cielo á la tierra; que en el discurso de su vida mortal se apuró y se consumió en las vigiliás, en las peregrinaciones, en las fatigas de un ministerio trabajoso; que es un Dios, finalmente (para decirlo en una palabra), que espiró por tí en una cruz, y que te dió tan evidente testimonio de su amor con el sacrificio de su vida. Tal es, pues, el admirable espectáculo que la religion pone á tu vista; un Dios que te castiga, y un Dios que te ama; un Dios que te aflige, y un Dios que se aflige por tí; un Dios que te provoca á derramar lágrimas, y un Dios que derrama su sangre por tí. ¿Qué cúmulo de aparentes contradicciones! ¡Oh sabiduria de los consejos de Dios! ¡Oh grandeza y majestad divina de nuestra religion! Pero este mismo cúmulo de contradicciones aparentes, desva-

nece todas las sombras y aclara todas las dudas: y así era necesario para contener mis quejas, conferir en mi entendimiento estas dos verdades: que Dios permite mis adversidades; y que el Dios, que las permite, es un Dios que ama. ¿Por qué? porque si mi Dios fuese un Dios ocioso é indolente, si me condenara á padecer sin amarme, le reconvenida de que se recreaba cruelmente con mis desdichas.

2. Pero, ¡ah! oyentes! Si yo estoy cierto que en los designios de aquella sabiduria infinita, que tan presente tiene lo que todavía no existe, como lo que ya existe, los infortunios transitorios que me afligen son convenientes y necesarios para mi eterna felicidad; ¿cómo es posible, que me queje de mi Dios? ó antes, ¿cómo es posible, que no me pame del amor y de la bondad que usa con un ingrato? ¿Qué efectos obra pues en mí la religion? Despues de haberme enseñado, que Dios es el dispensador y el único árbitro de la suerte de los hombres, que su providencia cuidadosa teje la tela de nuestra vida, y ordena la série de todos los sucesos, me dice: *Vide, ò homo, quid sentias de Deo tuo.* ¿Qué juicio haces, hombre, de tu Dios? Si ya, pues, que le reconoces por testigo y autor de tus trabajos, quieres acabar de conocerle enteramente, ven, sígueme, sube al Calvario, acéreate á ese Dios casi difunto: advierte esa sangre que corre por el monte santo: ya nada la tierra en ella; ya están extinguidas las llamas del infierno; ya está aplacada la cólera divina; pero su amor no está satisfecho todavía; aquel amor que le abrasa y le consume el pecho, no descansará hasta que extraiga de los senos de las secas venas la última gota de su sangre, para satisfacer y expiar mas abundantemente tus iniquidades, á fin de que bañado, anegado y cubierto de la sangre del Hijo, no te presentes ya ante los ojos de su Padre, sino como objeto eterno de amor y de ternura: *Vide, ò homo, quid sentias de Deo tuo.*

Y ahora, ¿qué piensas de tu Dios? ¿Necesita todavía justificar su conducta? Lo que ha hecho por tí, ¿no declara aun suficientemente lo que al parecer ejecuta hoy contra tí? ¿Tendrias osadía para imaginar, que un Dios que muere y se sacrifica en holocausto de su amor, es un Dios enemigo de tu felicidad, un Dios que no carga la mano sobre tí sino para hacer alarde de su poder y de su imperio, ostentándole en tus lágrimas y angustias? Si á tantos sacrificios se sujetó por tí para hacerte dichoso en el cielo, ¿cómo es posible que, contradiciéndose á sí mismo, quiera hacerte miserable en la tierra? No, amado hermano mio, no: si Dios no viese que tu estado presente redundaba en beneficio tuyo, no te hallarias sumergido en esas desgracias: y no quiero que me creas á mí, ni que le creas á él, sino á

su sangre derramada por tí: *Vide, ò homo, quid sentias de Deo tuo.* No condenes pues ligeramente á tu Dios, ¡oh hombre ciego y temerario! Tú ignoras los bienes que se ocultan bajo las apariencias de la adversidad; pero él ve lo que tú no ves, él conoce lo que tú no conoces, y él dice lo que decía á S. Pedro: *Quod ego facio, tu nescis modò, scies autem postea.* JOANN, XIII, 7. Súfrete un poco: espera con paciencia que se revelen esos grandes misterios. ¿Por ventura estoy obligado yo á comunicarte mis designios? ¿no te los declara bastante mi amor? ¿no tienes ánimo para entrar en un camino desconocido siguiéndome? ¿no te basta saber que voy delante? ¿temes perderte viniendo tras de mí? ¿dudas de mi sabiduría? ¿dudas de mi amor? ¿no he hecho bastante para merecer tu confianza? Tú piensas como hombre, y yo pienso como Dios. Yo sé lo que te conviene, y tú lo ignoras, aunque algun día lo sabrás. Y si entónces bendecirás mi providencia, ¿no podrás ahora resolverte á venerarla? *Quod ego facio, tu nescis modò, scies autem postea.*

La gloria eterna, segun los principios de nuestra religion, es el premio de las adversidades de esta vida: de modo, que si queremos ser glorificados con Jesucristo, es necesario padecer con Jesucristo. Por consiguiente, ya no veo en el Dios que me lleva por los caminos de la afliccion y de las lágrimas, sino un Dios benéfico y amoroso, que me castiga temporalmente para remunerarme con una felicidad eterna; y si es lícito á alguno quejarse de la Providencia, no debe ser por cierto aquel hombre á quien el cielo aflige, sino aquel que por la prosperidad mundana trae aventurada la herencia celestial. ¡Oh vergüenza y oprobio de nuestra religion! ó antes bien, ¡oh ceguera, oh ingratitud de nuestro siglo! Que se vean obligados los ministros del Evangelio á venir á este templo á sosegar las quejas y murmuraciones en que prorrumpís en vuestras desgracias, cuando, ¡ay desdichados de nosotros! solo debieran venir á serenar las zozobras de los venturosos del siglo! y cuando esta parte de nuestro ministerio, aseguro resueltamente que si vosotros fueseis cristianos verdaderos en la fe y en las costumbres, habia de ser la mas dificultosa de cumplir! Bien sé, Señor, que fué voluntad vuestra, que este valle de lágrimas no produjese por lo comun sino espinas y abrojos para vuestros escogidos. Pero ¿me atreveré, Dios mio, no siendo mas que polvo y ceniza, á levantar mi voz, interrogar vuestra sabiduría, é intentar descubrir el piélago inmenso de vuestros consejos? *Loquar ad Dominum meum, cum sim pulvis et cinis.* GENES. IV, 27.

5. Supuesto, Señor, que por eso son necesarias las adversidades, porque fué vuestro beneplácito dar el cielo á este precio, ¿no

hay, pregunto, para llegar á la patria celestial, otro camino sino el penoso y estrecho de las tribulaciones? ¡Ay, amados oyentes míos! Si la virtud y la felicidad mundana fuesen compatibles y pudiesen subsistir juntas, no temo afirmar (puesto que tengo por fiador de mi palabra el amor infinito de un Dios crucificado), que Jesucristo se hubiera ceñido á padecer por nosotros sin llamarnos á padecer con él. Pero es tal nuestra miseria, y tal el halago tentador de la propia comodidad y de la vida deliciosa, que en pocos días, y tal vez en pocos instantes, decae, se enfria y perece el fervor de muchos años. ¡Ah! herid, cortad, Señor: ejecutad vos lo que nos pedís que hagamos; tomad por vuestra mano lo que no acabamos de daros, ni de negaros por la nuestra; excusadnos la vergüenza y el delito de tantos buenos propósitos quebrantados y de tantos combates sin vencimientos; despojadnos hasta de la sombra de estos falaces bienes. Es verdad, que al principio nos entristeceremos, nos quejaremos, nos lamentaremos; pero desimpresionados luego y desengañados, solo lloraremos la flaqueza de haberlo sentido: *Confundentur enim ab idolis, quibus sacrificaverunt.* ISAI. I, 29. Mudando de fortuna, mudaremos de dictámen; y ese mundo tan adorado será el objeto de nuestro odio; pues la adversidad le desnudará de todos aquellos atractivos que nos le hacian tan amable; ella le despojará de aquel *no sé qué*, que á la primera vista roba el corazon, de aquella flor halagüeña, que nos ocultaba su veneno; ella nos le representará ingrato, voluble, inconstante en sus amistades, cruel é irreconciliable en sus odios, insufrible y áltivo en sus desprecios, mudable y falso en sus promesas. Porque bien sabemos, que si incurrimos en alguna desgracia, todos huyen y se retiran de nosotros; y al vernos solos entre pesares, lágrimas y desabrimientos, ¿qué juicios hacemos entónces del mundo? Entónces solo pensamos en huir de ese mundo por quien tanto nos desvivimos. El mismo mundo huye de nosotros, y nosotros huimos de su comunicacion; pues sus pompas, sus fiestas, sus teatros donde ya no podemos hacer figura, donde ya no podemos lucir, solo servirian para renovarnos la triste memoria de nuestras pasadas glorias, y darnos á conocer mejor nuestro estado presente. Ahora aquellos bienes eternos que mirábamos antes con tanta indiferencia, someten todos nuestros deseos.

Pues qué, direis, ¿no tiene la gracia de Jesucristo otros medios sino el de la adversidad para libertar las almas del contagio de la felicidad humana? Bien sé, oyentes, que todo lo puede Dios, que todo está sujeto á las leyes de su imperio. Pero no me negareis, que un hombre que sabe componer grandes virtudes con una gran fortuna;

un hombre á quien el mundo solicita para hacerle feliz, y él no le ama, que este tal, es uno de aquellos prodigios que el cielo manifiesta á la tierra, cuando quiere regalar al pueblo con el espectáculo de una virtud heroica: prodigios, que manifiesta raras veces, que los oculta luego, y que pasan siglos primero que se vuelvan á descubrir. Es propio de la prosperidad infundir olvido de Dios, y extinguir poco á poco la llama del amor divino; y en el curso ordinario de las cosas solo á la adversidad le toca revivir este fuego celestial.

4. Habeis visto, que en las adversidades es necesaria la religion para justificar la providencia divina: vereis ahora que lo es tambien para que el hombre halle consuelo en ellas. Señor, exclamaba David, aunque desterrado, prófugo, hecho el blanco del ódio y de la envidia, cercado de asechanzas y peligros que me persiguen, y que encuentro hasta en los desiertos mas remotos, contemplé en tu ley santa, y sentí mi corazon lleno de consuelo: *Memor fui iudiciorum tuorum à sæculo, Domine, et consolatus sum.* PSALM. CXVIII, 52. Vosotros, hombres flacos y engañados, buscais vuestro consuelo en el mundo: y vosotros, hombres soberbios y arrogantes, le esperais de vuestra razon. Unos y otros esperais en vano; pues ni el mundo, ni la razon podrán jamas aliviar vuestras penas. Implorais el auxilio del mundo; pero, ¿en qué infortunios juzgais que puede el mundo consolaros?

Por de pronto, ¿cuántas desdichas hay, que no conviene que las sepa el mundo? Ya es una necesidad que, sabida, envileceria la sangre mas ilustre; ó una mudanza inopinada en la aficion del superior; ó la privanza reciente y oculta todavía de un competidor, que se va levantando sobre la ruina de tu fortuna; presagios de una caída próxima, que si se traslucieran en lo público, la apresurarian; que entendidos por tus protectores, se abstendrian de favorecerte, y te despojarian de aquellos débiles residuos de opinion, que empleados con arte, podrán precaver la desgracia que te amenaza. Ya es una afrenta, un ultraje, un trastorno de tu fortuna, que te ocasiona un enemigo poderoso; y es necesario que beses con todo eso la mano que le ofende; y es necesario que no te des por entendido del golpe que te descarga; porque tus quejas no servirian sino para concitarte una nueva tempestad, y para hacerte reo de un delito, que un injusto opresor y árbitro de tu fortuna no te disimularia: esto es de la memoria de su perfidia, y del sentimiento que tendria si entendiese que tú eras sabedor de ella; cuyo delito no te lo perdonaria sino en cuanto tus modales y conducta le ayudasen á olvidarle; y no se reconciliaria contigo, sino despues que tú le reconcilieses y pusieses en paz

consigo mismo. El que por otra parte no sabe ser desdichado en el mundo, aumenta cada dia sus desdichas. Y así se ve precisado á quejarse y gemir en secreto: porque como se ve cercado de testigos, no se atreve á dar rienda libre á sus lágrimas; y solo disfrutando furtivamente de este triste desahogo, espera las sombras y el silencio de la noche para desahogar con libertad su dolor. Vuelve aprisa el dia, y le impone la misma necesidad de disimular su turbacion y llanto, obligándole á aparentar un gesto risueño, y á mesurar el semblante, para que no se trasluzca por él la pena que le aflige interiormente. ¡Ay dura necesidad! en que muchas veces le cuesta mas al hombre disimular sus desgracias, que tolerarlas; y miéntras tanto, la pesadumbre contenida en el corazon, carcome, roe, consume y no deja de padecer sino dejando de vivir.

Y, ¿cuántas desdichas no nos causan los mismos de quien debiéramos esperar la paz y la felicidad de nuestra vida? La tierra recién criada, inundada con la sangre de Abel; José vendido por sus hermanos; Job escarnecido por su mujer; David maldecido por Semei, vendido por sus amigos traidoramente, huyendo de su propio hijo; Sanson entregado á los filisteos por Dálila: acaecimientos trágicos, mónstruos de ingratitud, que escandalizarian una edad ménos estragada que la nuestra; porque entónces bastaba un mal ejemplo para infamar á toda una nacion, á todo un siglo entero; pero en el nuestro, se repiten con tal frecuencia esos escándalos, que ménos casi se avergüenza el corazon de ocasionarlos, que el entendimiento de mostrarse admirado de ellos. Además; ¿cuántas desdichas hay en que el mundo no se atreve á consolaros? Acaba la muerte, madre tan infeliz como amante, de arrebatarte ese hijo único en la flor de su edad, y penetrada de desconsuelo y tristeza, no puedes sufrir ninguna especie que te renueve la memoria de tu difunto hijo. Si en esta sazón se atreve una boca indiscreta á pronunciar su nombre, aviva tu dolor este triste recuerdo, parece que un dardo mortal ha penetrado tu alma, y que te se muere segunda vez. Con que el mundo se ve obligado á dejarte en manos de tu dolor de miedo de no encrederte; y confesando con su silencio su imposibilidad de consolar-te, el único servicio que te puede hacer, es contribuir á que olvides tu desgracia, afectando que la ignora. ¿Cuántas desdichas hay que ahuyentan al mundo? Eso de amistad sincera, de union perfecta de corazones, de ternura y agradecimiento que ha de sobrevivir al sepulcro y á la prosperidad, son vocablos verdaderamente estériles y vacíos, que no se usan ya sino para pompa de nuestros teatros, y para sazonar una escena fabulosa. La verdad es, que todos huyen si-

guiendo los pasos de la fortuna que se retira, y que os desamparará esas almas indignas y venales, que la esperanza congregaba al rededor de vosotros, y que ahora las llama á otra parte.

¿Cuántas desdichas hay de que el mundo parece se condele, y sin embargo, no las quiere remediar? Sufrís la sentencia contraria de un pleito que os aniquila; acaéceos un revés inopinado que destruye todos vuestros proyectos y todas vuestras esperanzas, un accidente desastroso que ocasiona la decadencia de vuestra casa. ¿Y qué hacen vuestros amigos? Es verdad que os ayudan á quejaros, que aprueban vuestras murmuraciones, que acusan la suerte injusta, que se lastiman de vosotros con verdadera compasión; pero no pasan de aquí, no penetran hasta el origen del mal. Muchos amigos, y pocos valedores: muchos que se duelen de vuestra adversidad, pero ninguno se mueve á remediarla. Ofrécense muchas manos á enjugar vuestras lágrimas; pero ninguna se aplica á agotar el manantial de donde nacen.

Ven, pues, tú, razón humana, á socorrernos, y haz que el hombre halle dentro de sí lo que en vano busca fuera. Pero ¡ay, amados oyentes míos! que la razón es sumamente poderosa para atribularnos, y de ninguna virtud para consolarnos. Ella prevé lo venidero para contristarnos con la representación de los males que todavía no existen: ella con sus melancólicas reflexiones se representa lo pasado para apesadumbrarnos con el recuerdo de males que ya no hay: ella herida vivamente de un objeto, y dedicándose á meditarle, á pensar, y á ahondar en él con la consideración, registra, junta y reúne las causas, las circunstancias y las consecuencias del mal presente: y estas circunstancias puntualmente, estas consecuencias y estas causas del mal, acrecientan y agravan su peso intolerable.

5. Por tanto, solo puede consolarnos aquel Dios que nos dice en su Evangelio: *Venite ad me omnes qui laboratis, et ego reficiam vos.* MATTH. XI, 28. Venid á mí todos los que os halláis atribulados, y yo os consolaré. Con efecto, ¿por qué pensáis que el mundo y la razón son inútiles para aliviarnos en nuestras calamidades? Avivad vuestra atención, amados oyentes míos, y os lo procuraré explicar. Procede de que ni tienen virtud para destruir y amortiguar en nosotros el amor y los sentimientos de las desgracias pasadas, ni para inducirnos á amar los bienes del infortunio que actualmente experimentamos. Esta resolución, pues, que es mas asombrosa y estupenda que cuantas ocasionan la mudanza de los reyes y de los reinos, la obra aquel Señor que nos habla en su Evangelio. ¿Y cómo la obra? Elevándonos por medio de las claras y puras luces de la fe

sobre la esfera de las cosas caducas, nos trasporta anticipadamente á la región de la eternidad; y entónces ¡qué vil y despreciable se nos representa el tiempo! ¡qué indigno nos parece de nuestro amor, ó de nuestros sentimientos! Con efecto, ved aquí la diferencia esencial que hay entre el hombre carnal y el cristiano verdadero. Aquél hace del tiempo suma estimación; éste en nada le aprecia: aquél se considera como nacido para disfrutar del tiempo; éste como nacido para gozar de la eternidad. ¿Qué se sigue de aquí? que desde el punto que yo fijo la vista en la eternidad, desde el punto que me miro destinado para la eternidad, y que me considero como hombre eterno, miro el tiempo y todos los bienes temporales como cosas extrañas y ajenas de mí. ¡Venturosos del siglo, á quien todo sucede á medida de vuestros deseos, que dormís ese sueño de vuestra sensual indolencia sin que os lo interrumpa el menor contratiempo! Entended, que todo esto, en conclusion, no es mas que un sueño, y que insta la hora de despertar. Corre esta vida con la velocidad del torrente mas impetuoso, y todos nos acercamos al término. ¿Qué importa que el breve camino que me resta que andar esté sembrado de flores, ó plantado de abrojos y de espinas, pues mis dolores y vuestros placeres apenas tendrán tiempo para excitarse? Avergonzariame yo de sentir unos infortunios á los que han de sobrevivir mi alma y mi cuerpo eternamente; y pues estoy criado para una felicidad eterna, ¡qué caudal debo yo hacer de una dicha transitoria! Si salvo mi alma, habré sido siempre feliz; y si la condeno, habré sido desdichado siempre.

Dios, manifestándonos el abismo y la profundidad de sus consejos eternos, nos da á entender la conexión y dependencia que las adversidades que nos envía tienen con nuestra salvación: *In charitate perpetua dilexi te, ideo attraxi te miserans.* JEREM. XXXIII, 4. Si yo, nos dice, os hubiera amado ménos, no os hubiera castigado tanto: si llené vuestros caminos de espanto y de turbación, fué para apartaros de las sendas erradas de los pecadores; porque habiendo vosotros olvidádoos de mí, me hubierais obligado, finalmente, á que yo me olvidase de vosotros. Jamas hubierais dejado este mundo falso, si vuestras desdichas no os hubiesen abierto los ojos para ver sus perfidias; y hubierais perdido para siempre vuestras almas, si no hubierais perdido aquellas riquezas que cebaban vuestra codicia, y aquellos honores que fomentaban vuestra soberbia. Es verdad, que no estabais sujetos á aquellas pasiones que constituyen á los grandes pecadores; pero no hubierais adquirido aquellas virtudes que hacen justos. Parecíais que no amabais al mundo, y realmente le amabais.

Benedicid, pues, el momento en que se han roto vuestras cadenas. Considerad lo que hubierais perdido si me hubieseis perdido á mí; y lo que os he quitado, ¿os parece que es comparable con lo que os doy?

Ya nos dice: volved los ojos á las maldades de vuestra vida pasada: considerad los caminos por donde habeis andado: advertid de cuantos delitos se conserva la memoria y vestigios en vuestra alma; de los cuales no ha querido mi misericordia remitir la venganza para aquel formidable instante en que se ve obligada á enmudecer en presencia de mi justicia, sino que he querido anticipar el tiempo de vuestro castigo, con el fin de abreviar su duracion y de suavizar su rigor: pues cuando yo castigo en este mundo los pecados, solo llevo el intento de perdonar al pecador.

Ya nos abre los tesoros de la gloria; y haciendo correr á nuestra vista el torrente de delicias que inunda la ciudad santa de Sion, hace que se oigan en nuestro corazon estas dulces palabras: luego enjugaré vuestras lágrimas. Congrega los habitantes de la celestial Jerusalem, y poniéndolos delante de nuestros ojos, ved, nos dice, y considerad esta venturosa muchedumbre: todos anduvieron por los caminos de la tribulacion. Unos, exclaman con el santo Job: mientras vivíamos en la tierra, fuimos como el blanco á donde asestó el dolor todos sus tiros. Otros, dicen con S. Agustin: Nosotros tenemos el pecho atravesado de mortales heridas. Ninguno de nosotros dejó de beber el cáliz amargo de las aflicciones: Ninguno de nosotros dejó de tener combates que sustentar, persecuciones que sufrir y sacrificios que ofrecer.

Ya se ofrece él mismo á nuestra consideracion en aquel estado en que el sol le alumbró al morir exhausto, anonadado, harto de oprobios, nadando en un mar de dolores y de sangre, dando la vida en el Calvario, desamparado de su Padre y de sus discípulos, cargado con la maldicion del cielo y de la tierra. ¿Es posible, hombre ingrato y fementido, que nada baste para reprimir tus quejas? Quéjate ya enhorabuena; pero quéjate á Jesús crucificado. Mas ¡ay Dios mio! ¿Qué podré yo decir ni pensar á vista y á presencia vuestra? ¿qué soy yo? ¿qué no sois vos? y ¿qué son mis trabajos comparados con los vuestros? ¡Ay! no puedo hacer otra cosa que llorar con vos y por vos. Con la consideracion de vuestros dolores pondré en olvido los míos; y si llego á quejarme, no será ya porque padezca, sino por no saber padecer.

Hermanos míos, á quien nuestro Dios ama con tanta especialidad, conoced vuestra dicha y vuestra gloria; pues no solo os conce-

de su Majestad la gracia de que creais en él, sino que os hace la de que padezcáis por él. ¡Cuán plenamente acreditas la divinidad de tu origen, oh Religion sacrosanta! Tú, que entras en los consejos del Altísimo, nos descubres aquella maravillosa armonía de la sabiduría y de la misericordia, que justifica á la divina Providencia y consuela al hombre en sus tribulaciones: ciencia, que solo pudiste aprender de aquel Hijo unigénito, que habita en el seno de su eterno Padre. Desengañémonos; si queremos hallar la luz, es necesario recurrir á la Religion, la cual nos representa un Dios que ordena libremente los acontecimientos. Dentro de ella yo adoro, yo me rindo, yo me sujeto á un Dios, que como padre amoroso ha firmado y sellado con su sangre la alianza de la adopcion, que me coloca en el número de sus hijos: si respiro, si me aseguro, si espero es en un Dios, cuya sabiduría gobernada por el amor, no con otro fin me desposee de los bienes caducos, origen de pecados en este mundo y de pesares inconsolables en el otro, sino para hacerme virtuoso en la tierra y feliz en el cielo: y si alabo, si bendigo á este Dios, la gratitud es el único afecto, ó, cuando ménos, el afecto dominante de mi alma. ¡Dios mio! yo os bendigo por las adversidades que me enviáis; ellas son para mí una prenda de vuestro amor. Concededme vuestra gracia para sufrirlas, no digo ya con resignacion, sino con placer, para que, despues de haber sufrido por vuestro amor en la tierra, tenga la dicha de gozar con vos en la gloria Amen.

#### PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

##### I.

El hombre, llevado por el instinto de la propia conservacion, huye naturalmente de toda molestia, de toda contrariedad y de todo mal. Llama males á los bienes que mortifican su amor propio. Pero Dios, con ejemplos, nos enseña y demuestra la utilidad de lo que nos mortifica. ¿Qué ventajas nos trae la adversidad? 1.º Nos pone en la necesidad de humillarnos. 2.º Nos hace fácil la penitencia.

I. La experiencia nos enseña, que el hombre, miéntras todo le sale prósperamente, se olvida de su origen, de sus deberes, de su fin. Cuando la pasion le arrastra á algun exceso, no piensa mas que en la satisfaccion de sus deseos: sin la tribulacion se olvidaria enteramente de Dios y de su alma. ¿Habrianse humillado los hermanos de José sin las contrariedades de Egipto? En la adversidad confesaron, que sus penas eran castigo de la inhumanidad con que habian tratado